

juicios de los hombres, cuando estaba seguro que el Señor aprobaba su conducta y su Vicario en la tierra elogiaba su celo con palabras poco comunes en los labios de un Pontífice, y nada menos que en un documento reservado, en donde habla el corazón y no la urbanidad ó cortesía? Este documento fué una carta que Pío IX dirigió á la Reina á los pocos días de haber vuelto el Sr. Arzobispo á su lado. Véase el lenguaje que usaba el Padre común de los fieles con la pobre Isabel II y los elogios que hace del P. Claret, y compárese, así lo uno como lo otro, con la hiel derramada por algunos espíritus extremados y con lo que de entrambos dijeron sus enemigos. El autógrafa de la carta que voy á copiar se conserva en el archivo de nuestra Casa-misión de Vich; está la carta escrita en italiano, y traducida á nuestra lengua dice así: "Majestad. Háseme entregado por el nuevo Embajador de V. M. su eminentísima carta, y no quiero diferir un momento la respuesta, no sólo para acusarle recibo de ella, sino también y mucho más para agradecerle los sentimientos verdaderamente filiales en ella contenidos, y asimismo para manifestarle mi consuelo al leer las palabras que V. M. ha pronunciado en el discurso de la Corona relativas á esta Santa Sede. Sí, Majestad, yo le doy las gracias; y en cuanto yo no puedo aprobar el reconocimiento del llamado Reino de Italia, en tanto repito á V. M. lo que le escribí otra vez, á saber: que compadezco muchísimo á V. M. en las circunstancias y posición en que se halla.

"Vi á Monseñor Claret y reconocí en él un digno eclesiástico, un hombre todo de Dios, y aunque ajeno á la política, harto conoce, sin embargo, la destemplanza de la misma política y la malicia de los hombres que son católicos de solo nombre.

"Con el afecto de mi corazón doy la bendición apostólica á V. M., á S. M. el Rey, al Príncipe de Asturias, á los demás hijos de V. M. y á toda la católica España. — Dado en el Vaticano el 2 de Enero de 1866. — Pío, Papa IX."

Á este hombre, todo de Dios, le veremos en el siguiente capítulo dando claras muestras de sí y del poco caso que hacía de los acontecimientos humanos, reconcentrándolo todo su afán en salvar las almas y llevarlas al cielo para que eternamente glorifiquen al Señor.



CAPÍTULO XIII

CÓMO EL SIERVO DE DIOS SIGUIÓ TRABAJANDO, Á PESAR DE SUS ACHAQUES, HASTA LA REVOLUCIÓN DEL 68

1. Achaques del Siervo de Dios.—2. Sus apostólicos trabajos en Madrid y en San Sebastián.—3. Cómo predicaba en los últimos años de su vida.—4. Edificantes ejemplos que dió en San Sebastián.—5. Sus predicaciones en Vitoria.—Juicio del Canónigo Magistral D. Vicente de Manterola.—6. Predicaciones en el Real Monasterio de las Huelgas de Burgos.—Viaje á Lisboa.—Celo ardiente que desplegó en Badajoz.—7. Entrega de la *Rosa de oro*.—8. El P. Claret y la Monarquía: visión.—Anuncios de la revolución.—9. Previene contra ella á sus Hijos los Misioneros del Corazón de María.—Consigue á éstos la exención del servicio militar.—10. Últimos trabajos antes de la revolución en *La Granja*, Lequeitio y San Sebastián.

1. Había el Señor conservado milagrosamente las fuerzas al P. Claret durante casi toda su carrera apostólica; pero en el año 1865 permitióle ciertos achaques, mensajeros de su próxima muerte, para que cada día fuera disponiéndose con mayor fervor para ella, y dejó que los rudos trabajos emprendidos por la divina gloria y la salvación de las almas obraran sus naturales efectos en la flaca naturaleza del cuerpo, tanto más cuanto que el santo Arzobispo había llegado ya á muy alta perfección y unión con Dios, especialmente desde que, por la continua presencia sacramental de Jesucristo en su pecho, se había trocado éste en un tabernáculo viviente en donde él ofrecía no interrumpidas adoraciones á su divina Majestad, y así, como maduro para el cielo, el Señor, que quería premiar sus muchos merecimientos, le envió esos achaques que acabaron de disponerle y purificarle de las más ligeras imperfecciones.

En la temporada que el Siervo de Dios estuvo en nuestra Casa-misión de Vich de paso para Roma, observaron los Padres de ella que había disminuído en gran parte su vigor natural, aunque predicando apenas se le conocía. En Junio de 1866, conociendo que se iba acercando el fin de su destierro, decía

en una carta al Superior General de nuestro Instituto: "Ya sabe Ud. cómo me hallaba antes de ir á Aranjuez: allá me compuse bastante; mas á la vuelta me encuentro menos bien; siento en mí una descomposición, aunque lenta, y me alegro, para que no tenga que ver de cerca los males que estoy mirando ya de lejos. Mientras que el Señor me dé vida, con su auxilio deseo trabajar. Trabajen también ustedes, y oremos todos para que en nosotros y en todas las cosas se haga siempre la voluntad de Dios."

A mediados de Diciembre de 1867, después de valerse de aquellas palabras de San Pablo: *ego enim jam delibor et tempus resolutionis meae instat* (1): "yo estoy á punto de ser inmolado y se acerca el tiempo de mi muerte," añadía: "Por Navidad cumplo los sesenta años: se van aumentando los achaques y también los deseos de ir al cielo. Con todo, hágase la voluntad de Dios (2)." Mucha impresión causó á sus hijos los Misioneros esta noticia, pero fué mayor su alarma y aflicción con la que les dió el 23 del mismo mes. "Tres enfermedades, —les decía, — me han atacado de frente y á un tiempo: la quebradura de un modo atroz de resultas del viento del Norte, hoy hace tres semanas; una paralización de manos y brazos, como un amago de apoplejía; y, finalmente, un dolor muy fijo y muy recio en el lado izquierdo... Así es que me creía que el Señor quería llevarse me por momentos. Yo estaba muy contento en medio de mis dolores, si bien es verdad que temo mucho la cuenta que el Señor me ha de pedir; mas hoy me hallo ya mejor, gracias á Dios (3)."

Por las precedentes noticias estaban los nuestros con cierta ansiedad, cuando el 10 de Enero de 1868 su venerable Fundador les tranquilizó algún tanto, diciéndoles que se hallaba bastante mejorado. Mas no por esto dejaron aquéllos de suplicar al Señor con fervorosas oraciones que prolongase la preciosa vida de su amante Padre, en lo cual les ayudaban muchas otras personas de fuera de la Congregación, que estimaban en mucho la vida de tan santo Varón y celoso Apóstol. Una de éstas, en 23 de Enero de 1868 le decía: "Vuestra Excelencia Ilustrísima me da noticias de su salud, no tan satisfac-

(1) I Tim., IV, 6.

(2) Carta al Rmo. P. José Xifré, 12 de Diciembre de 1867.

(3) Carta del 23 de Diciembre de 1867.

torias como yo desearía. No quiere V. E. I. pedir al Señor que se digne concedérsela perfecta y prolongar sus días; mas nosotros se lo suplicamos muy de veras y esperamos que se dignará oírnos, pues de ahí resultará mayor gloria de Dios, provecho de las almas y mucho bien á España (1)."

Siguió el Sr. Arzobispo delicado todo aquel año. Á sus achaques ordinarios le añadió el Señor otra dolencia, con la cual acrecentase sus merecimientos y pudiese ser mayor su recompensa. En el mes de Marzo hizosele una úlcera en la boca, tan maligna que se le veía el hueso de la mandíbula inferior y se iba extendiendo cada día. Como este mal podía fácilmente convertirse en grave por degenerar en canceroso, creyó que había llegado el fin de su existencia, como él mismo lo dice en una carta, en la cual se manifiestan, por una parte, los vivísimos deseos que tenía de ser desatado de este cuerpo mortal y corruptible para estar con Jesucristo, y por otra el cuidado de no tentar á Dios con la omisión de los medios ordinarios para curar. "Viendo, —dice, — mi úlcera y el incremento que tomaba, y que, por último, acabaría conmigo, no lo quería decir á nadie á fin de poder morir... Tanto es el deseo que tengo de estar con Jesucristo. Mas pensé que mejor sería y más agradable á Dios que lo dijera y que me sujetara á la molestia y tormento de las operaciones y remedios. Así lo hice: habiendo habido el domingo último Academia de San Miguel, concluida la reunión dije á uno de los socios, que es muy buen facultativo, tuviese la bondad de aguardarse, que había de hablarle un momento. Le mostré la úlcera, la miró y el lunes vino con todo el aparato: me arrancó dos muelas y puso un elixir en la úlcera (2); y se ha ido curando tan rápidamente que hoy ya no ha tenido que hacer, pues estoy bien, pero frustradas mis esperanzas de ir pronto al cielo. ¡Alabado sea Dios! (3)."

2. A pesar de estos achaques, que en otro menos celoso hubieran bastado para paralizar sus tareas apostólicas, siguió trabajando con el mismo ardor que antes. Refiriéndose á esta

(1) Carta del presbítero D. Pedro Naudó, 23 de Enero de 1868.

(2) Este facultativo todavía vive al escribir estas líneas, y conserva como una reliquia del Siervo de Dios los trapitos que le puso al arrancarle las muelas.

(3) Carta del mes de Marzo de 1868.

última época escribía *El Pensamiento Español* en su número del 5 de Febrero de 1869: "Nosotros le hemos visto sentarse diariamente desde las primeras horas del día y estar hasta muy tarde en el confesonario; le hemos encontrado en el Hospital consolando y auxiliando á los enfermos; en la cárcel enseñando la doctrina á los presos; en las diversas Juntas de beneficencia animando con su palabra y ejemplo á los socios, y la puerta de su casa estaba constantemente custodiada por muchedumbre de pobres, que sin cesar se renovaban. Nunca hemos oído decir que asistiese á reuniones políticas ni á otros actos fuera de la Iglesia que aquellos á que le obligaba su posición ó la más delicada cortesía. Sus relaciones con los personajes políticos se han reducido siempre á las que la etiqueta y urbana correspondencia exigían, como pueden atestiguarlo algunos de los que figuran hoy día y frecuentaban el Palacio Real al mismo tiempo que S. E. I.,"

El 4 de Agosto de 1866 anunciaba á sus Misioneros de Vich el viaje que iba á emprender á las Provincias Vascongadas juntamente con la Reina, y los exhortaba á trabajar en las Misiones antes que estallara la revolución. "Ya sabrá Ud., — dice al Superior, — que vine delicado de Madrid; en este sitio estuve uno ó dos días no muy bien; después fuimos á Segovia; el martes salgo para El Escorial, y el miércoles nos juntaremos en la estación de allí con SS. MM. y AA. y seguiremos el camino que va á Zarauz... Conviene mucho aprovechar la ocasión para dar Misiones, ya que el Señor nos concede estas treguas, que no sé si durarán: sólo diré á Ud. que en el Extranjero se buscan pretextos para reñir... pasando un caso semejante al de la fábula del lobo y del cordero (1).", El 18 del mismo mes dejó el Siervo de Dios á la Reina en Zarauz tomando los baños, y él, ansioso de aprovechar el tiempo en la salvación de las almas, partió con su capellán D. Carmelo para San Sebastián, en la diligencia ordinaria, y llegó á la ciudad á las ocho de la mañana. Hospedóse en casa de la piadosa señora Doña Jacoba de Balzola, viuda de Gascue, y celebró la Misa en su oratorio privado; inmediatamente subió á predicar á las Religiosas de Santa Teresa, y por la tarde, á más de visitar el santo Hospital consolando uno por uno á los enfermos, dirigió

(1) Carta del 4 de Agosto de 1866.

la palabra á las Hijas de San Vicente de Paúl exhortándolas á ser fieles á su vocación y predicó después á los fieles en la iglesia del Establecimiento. Á más de las pláticas dirigidas á las Conferencias de San Vicente de señores y de señoras y á los presos de la cárcel, en los doce días escasos de su permanencia en San Sebastián dió simultáneamente una novena de ejercicios espirituales al pueblo en la magnífica y espaciosa iglesia de Santa María, y al clero en la sacristía de la misma. Á los primeros asistió innumerable gentío que le escuchaba con religiosa atención, y á los segundos, á más de los sacerdotes de la ciudad, acudieron muchos otros de los pueblos de la provincia, y entre ellos algunos muy conocidos por sus obras en la república de las letras. En la última conferencia dirigida al clero, después de hacer una brillante recapitulación de las anteriores y de exhortar á todos á la perseverancia en los propósitos hechos durante los ejercicios, sorprendió al auditorio pidiendo humildemente que ya que se consideraba indigno de lavarles los pies, como Jesucristo lo hizo con los Apóstoles, le permitieran besárselos, y luego se puso en actitud de verificarlo. Los eclesiásticos que se hallaban presentes, estupefactos de tanta humildad, se miraban unos á otros sin saber que hacer, hasta que el Rdo. P. Fray José Garay, dominico y Vicario de las Dominicas de Nuestra Señora de Úbeda, que por estar el más cercano al Sr. Arzobispo debía ser el primero en quien se practicase aquel acto de humildad, exclamó conmovido y sollozando en nombre de los demás, que también estaban hondamente conmovidos. "¡No, excelentísimo señor; nosotros á V. E.!", Y todos se disponían á besar los pies al santo Prelado, pero éste no lo consintió de manera alguna.

Todos los días se sentaba en el confesonario y recibía á la mucha gente que quería reconciliarse con él. Según carta de Doña Jacoba de Balzola, durante su corta permanencia en San Sebastián, á más de las obras indicadas, estableció la Congregación de las Hijas de María para las jóvenes, y la de San Luis Gonzaga, llamada de los Luises, para los niños, las cuales todavía existen muy florecientes, y predicó en todos los conventos de la ciudad y del contorno, menos en el de Sor Patrocinio, que ni siquiera visitó (1).

(1) Cartas del 15 de Agosto de 1867 y del 2 de Marzo de 1868.

3. El docto y piadoso sacerdote D. Manuel Honrubia, que había asistido á los ejercicios dados por el P. Claret en San Sebastián, en una larga correspondencia escrita al *Semanario Católico Vasco-Navarro*, de Vitoria, daba cuenta de los trabajos apostólicos del Siervo de Dios en la capital de Guipúzcoa con extraordinarios elogios; y para que se vea que el prestigio evangélico del Siervo de Dios no había decaído un punto en los postreros años de su vida, trasladaré los párrafos más notables. "Los piadosos habitantes de San Sebastián, — comienza diciendo, — tuvieron el inefable consuelo de ver llegar á su hermosa población al Excmo. Sr. Claret el día 18 de Agosto. Eran tantas y tan grandes las cosas que habían oído del insigne Prelado, que ansiaban conocerle y poderse aprovechar de la mansión que se dignaba hacer en la capital de Guipúzcoa. Es preciso confesar que no han quedado defraudadas las esperanzas de este religioso vecindario, pues que es imposible consagrarse con más celo y más asiduidad á la grande obra de la salvación de las almas que lo ha hecho el excellentísimo Sr. Arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba... ¡Con qué gusto le oía el pueblo de San Sebastián explicar los Mandamientos de la ley evangélica! ¡Cuán grande y profunda era su religiosa atención cuando descendían del nuevo Sinaí los rayos y amenazas de la Justicia divina para los desgraciados cristianos que han olvidado la senda del deber! Y no se crea que el Sr. Claret aterrorice á los pecadores de un modo exagerado é hiperbólico. Nada menos que eso. Intérprete y órgano del Dios de las misericordias, cuya doctrina predica, convida á todos al arrepentimiento, facilita y allana el camino destruyendo los imaginarios obstáculos que el pecador cree encontrar. Sus labios no acaban jamás de pronunciar palabras de confianza en la protección de la Santísima Virgen. Cuando habla del cielo, lo hace de modo que parece no habitar ya esta desgraciada región de los mortales; su corazón está en el cielo, y el amor grande que rebosa en su alma lo comunica de un modo admirable á sus oyentes.

„Éstos le han dado en cambio las mayores pruebas de veneración escuchándole en el templo é hincándose de rodillas en las calles; y no sólo el vulgo y lo que pudiera llamarse gente preocupada, no por cierto; tuvimos la gran satisfacción de ver entre la multitud caballeros de fina y esmerada educa-

ción, señoras que por su actitud y maneras no deben confundirse con la clase inculta.

Después de alabar el ilustrado celo y la tierna unción con que predicó las conferencias á los sacerdotes y de referir la patética escena final antes apuntada, acaba diciendo: "Quiera el cielo prolongar su preciosa vida y que la Iglesia coloque en sus altares á San Antonio Claret, y que los jóvenes levitas que alcancen tan venturoso día para la católica España recuerden, como el inmortal Bossuet, las conferencias del gran Patriarca de la caridad (1)." Así hablaban los buenos católicos aun en vida del Siervo de Dios; ¡tan persuadidos estaban de su esclarecida santidad!

4. Por otro lado, los ejemplos admirables de virtud, así públicos como privados, que dió en San Sebastián, contribuyeron á abrillantar la luminosa aureola que en todas partes le acompañaba. "Sinceramente puedo decir, — escribía la señora de Barzola, — que entre las muchas personas virtuosas que por fortuna mía, y gracias á Dios Nuestro Señor, he tenido la dicha de hospedar en mi pobre casa y tratar de cerca, es en el P. Claret en quien, según mi pobre criterio, he reconocido mayor grado de eminentes virtudes, inspirándome, desde que le conocí, profunda veneración; y despertándome el deseo de poseer alguna cosa suya de reliquia, pues le consideraba santo, rogué á su capellán me concediese alguna ropa vieja, y al efecto adquirí un forro viejo de un sombrero que usaba el virtuoso Padre. Habiendo él sabido mi deseo, á su partida forzosa á Francia con SS. MM., de donde no volvió más, me dijo: "Nos echan de España, y le doy, hija mía, estos cilicios „y disciplinas con esta chaqueta vieja, todo de mi uso,; objetos que, juntamente con el forro viejo del sombrero, un poco de pelo y varias cartas que me escribió, conservo en gran estima y veneración.

„Su vida era muy penitente: sólo comía legumbres, dormía poco y, en mi concepto, muchas veces sin acostarse en la cama; á las tres de la mañana estaba ya de rodillas en el oratorio, donde pasaba en oración y penitencia hasta las seis, que celebraba la santa Misa, y después oía la de su capellán. Su

(1) *Semanario Católico Vasco-Navarro*, núm. 1, correspondiente al 7 de Septiembre de 1866.

ropa era muy pobre. Estaba siempre tan abrasado de amor de Dios, que nos lo comunicaba en su conversación, pues sentíamos celestial é indecible delicia al oírle hablar, y no acertaba á hacerlo si no era de Dios y de su Santísima Madre ó de cosas espirituales. Despreciaba las cosas terrenas, y decía que sólo era ambicioso del tiempo, porque con él se compra la eternidad. Me decía muchas veces que pidiera á Dios para que le mandase trabajos y persecuciones, y al negarle yo mi petición en este sentido, me dijo: "¿No sabe, hija, que éste es el mayor de los bienes? Si á los Santos que están en el cielo Dios les permitiese venir á la tierra, no buscarían más que padecer y sufrir de tanta gloria como se gana con ello para la eternidad (1)."

5. El día 31 de Agosto salió el Siervo de Dios de San Sebastián para Zarauz á reunirse con la Reina, y aunque ésta le había enviado su real coche para que fuese en él á la vuelta, el humilde Prelado lo rehusó despidiéndole vacío y se fué como había venido, en la diligencia ordinaria. Al volver de los baños, la Corte se detuvo en Vitoria sesenta y seis horas, las que el celoso Arzobispo aprovechó como solía, anunciando la buena nueva al pueblo y á todos los centros piadosos. El entusiasmo de los que le oyeron, al igual que en San Sebastián, fué extraordinario, y de él se hizo eco el elocuente orador y Canónigo Magistral de aquella Santa Iglesia, D. Vicente Manterola, en el *Semanario Católico Vasco-Navarro*, de que era director. "Concepto muy alto,— escribe,— nos merecían las virtudes del venerable confesor de S. M. la Reina; no creíamos, empero, que poseyera en grado tan eminente la fuerza mágica de la palabra. Momentos, nada más que momentos se ha detenido en esta ciudad; ha pasado ante nosotros como un meteoro; ha desfilado á nuestra vista á manera de una aparición luminosa. Es así, en efecto. Hemos tenido el gusto de oírle en repetidísimas ocasiones, y siempre con nuevo placer, profundamente conmovidos siempre. Ha predicado á las tres Comunidades religiosas, á los ordenandos, á los acogidos en la Real Casa de Misericordia, á los pobres presos en la cárcel, á los enfermos del santo Hospital, á las señoras de las Conferencias y á todo el pueblo, en fin, de Vitoria, reunido en la

1) Carta al Rdo. P. José Villaró, 2 de Marzo de 1888.

parroquia de San Miguel á la caída de la tarde del martes último, 11 de Septiembre.

„En cada uno de sus sermones ha empleado el tiempo de una hora poco más ó menos. No olvidemos que el Sr. Claret, acompañando á la Corte, se ha detenido aquí sesenta y seis horas, y podremos calcular qué tiempo se había reservado para su descanso este hombre admirable, este Varón apostólico.

„Muchos, al escucharle, decían: ¿Cómo sabe tanto? Exclamábamos nosotros y exclamaremos siempre que se trate del Sr. Claret: ¡Como ama tanto! La caridad es el alma, el móvil poderoso de las acciones todas del Sr. Arzobispo. El fuego sagrado que de continuo arde en su amoroso corazón le traslada á la vez á todas partes y le proporciona el secreto misterioso de multiplicar los momentos, multiplicándose á sí mismo, multiplicando los trabajos de su ardiente celo.

„Al consignar estos elogios admirando y aplaudiendo con todas las fuerzas de nuestra alma los triunfos que en todos tiempos y por todas partes va obteniendo para Jesucristo el Apóstol de la corte de España, no es la rastrera adulación ni la vil lisonja lo que pone en movimiento la pluma. Nadie desconoce que el Excmo. Sr. Claret, completamente extraño á las agitaciones de la política, no debe, no quiere, no puede servir á nadie de escala para su medro personal ó para alcanzar distinciones humanas. Pero cuando el áspid envenenado de la maledicencia ha dirigido sangrientas miradas; cuando la sierpe inquieta de la envidia ha intentado morder los pies del evangelizador de la paz; cuando el informe monstruo de la impiedad ha querido derramar su inmunda baba sobre la frente espaciosa del ministro de Dios; cuando en esta tierra de caballeros, en la pundonorosa, grave, formal y sensata nación española se han permitido, con el innoble designio de empañar una reputación brillante más que el sol, indicaciones absurdas, calumnias horribles, sátiras insulsas, fotografías satánicas, miradas con horror y lanzadas con indignación á los abismos del más soberano desprecio por toda persona decente, el *Semanario Católico Vasco-Navarro* levanta hoy y levantará siempre su voz para que todo el mundo entienda... que aquí entre nosotros, los pigmeos de la envidia y los enanos de la calumnia se sentirán ignominiosamente aplastados.